MANUEL DE LA REVILLA

Fragmento de una carta de D. Manuel de la Revilla.

Manuel de la Revilla.

—

Revilla, orador, crítico, polemista notable y escritor tan clásico cuanto se lo consentía su educación modernista, adquirida en lecturas extran-

jeras, parece hoy ya anticuado, ¡tan de prisa se vive!, quizá porque es poco conocido, tal vez por carecer, en su monótona y breve existencia, de lo aparatoso y externo, de los puestos oficiales, que son el señuelo de la fama... fama que á veces se amasa con infamias.

Con ser las obras que ha legado á la cultura patria *(Principios de Literatura, Bocetos literarios, Críticas, Estudios literarios, Estudio de Descartes, Dudas y tristezas,* poesías) muy estimadas, unas por su fin didáctico, otras por la perspicacia crítica que revelan y todas por el sano espíritu que las vivifica; con ser sus discursos polémicas muy sugestivas y eco fiel de la enjundia del saber y de los anhelos de la época, aún creemos que Revilla, el poeta melancólico, á ratos pesimista, que

el crítico severo, que el enfermo del ideal, puede ser estudiado en las reconditeces de la vida íntima, que, bajo un aspecto frío, si desequilibraron al hombre, nos enseñaron á los que le tratamos las cualidades nada vulgares del individuo.

Una vida intelectual prematura (en nuestros días figuraría entre los llamados *intelectuales)* que, por lo precoz, se malogró, proyectando en la miseria fisiológica de Revilla la sombra negra de la insania; un estado de alma nunca adaptado al ambiente que respiraba; una inversión de los sentimientos, desviándose recelosamente de los más puros afectos para ser víctima de perspectivas engañosas, y una voluntad quebradiza y oscilante que jamás se emancipaba del *mecum contemdebam* de San Agustín, canalizan todo el sér de

Revilla dentro de cauces, si fértiles en sus márgenes, nunca fecundos al límite que hubieran podido serlo, de favorecerle, más que le favoreció, el medio.

El bloque primitivo inmejorable y su molde esquinado, los escasos éxitos amargados por sutilezas excesivas y la desigualdad casi inconmensurable entre el poder ideal y el sentido práctico, contribuyeron á que Revilla haya quedado en la penumbra, y entienda la generalidad que paga suficiente tributo á su memoria, declarando que fué hombre de buen talento, sin parar mientes en las exquisiteces de su idiosincrasia moral.

Fué algo más Revilla, y si mucho de lo que pudo no llegó á serlo, la deficiencia se ha de atribuir en parte al individuo y en parte también al

medio, que casi siempre le presentó, según frase vulgar, los santos de espalda. Cuando alguien le decía que puede servir la Historia de escuela de escépticos, observando cómo se escribe la contemporánea, no creía aquel idealista empedernido que tal aserto había de verse algún día comprobado en la suya propia. Y así ha acontecido sin embargo.

El amor paternal estimuló irreflexivamente el talento peregrino de Revilla y convirtió al estudiante de los quince años, merced comercio frecuente con los enciclopedistas franceses y con nuestra literatura de comienzos del siglo, en escéptico hecho de prisa, viejo débil y enclenque, miope y con resabios de infantilismo. A la vida de niño mimado siguió la de *burgués aburrido*, bajo la única dirección de una madre (su padre

murió pronto), si llena de buenas intenciones, huérfana de aciertos. Revilla, cual hidalgo venido á menos, retraído por su mediano pasar, con un afán de saber y un anhelo abstracto, que anticipadamente agostaron sus sentimientos más puros y rodearon su vida emocional de suspicacias y desconfianzas, cuando no de desencantos, aun para placeres no gustados, era víctima en su voluntad de lo que hoy se llama *aboulie*.

Sin más válvula de seguridad que el Ateneo (complemento artificial de un hogar frío), donde discurseaba y ejercía entre algunos de sus admiradores especie de dictadura intelectual, parecía el paralítico que ve claro del hermoso símil de Schopenhauer, careciendo del ciego vigoroso (la voluntad), sobre cuyos hombros necesitaba subir para poder mover-

se y aumentar el alcance de su perspectiva.

Ante tales circunstancias, si complejas y en la apariencia diversas, concurrentes á un mismo fin, pues juntas ó separadas refrenaban la ya tímida espontaneidad de Revilla, no debe extrañar á nadie que se ensalcen las dotes del ilustre crítico, poniéndolas más altas de lo que resultan en la obra por él cumplida, sin que aun los más benévolos para juzgarle se percaten de que dejan preteridas cualidades que no exteriorizó, pero que gallardamente ostentaba en los momentos de expansiones ingenuas y de espontaneidades cándidas. Era mejor Revilla en sus intimidades que en el escenario. Se agigantaba aquel carácter infantil al sentir atenuada su grotesca fealdad física por la hermosura moral de su alma. Algunas

veces se apellidaba él mismo Cuasimodo, ridículo por fuera y sublime por dentro. ¿Por qué velaba tupidamente su fondo de bondad y exageraba las puntas de su carácter vidrioso? Al exterior él era el primer crítico zumbón de su fealdad y á la vez con pudorosos y tupidos velos ocultaba su hermosura moral. Misterios que apenas podría presentir ni la psicología intuitiva del que infundió vida perdurable á Hamlet.

La palabra de Revilla acerada, en ocasiones fría, á veces arrebatada y en todo momento atractiva y seductora, aun acompañada de una lógica de oropel y de la intención del que se pasa de listo y declina en cándido, servía de suntuoso ropaje á un razonamiento, cuándo filosófico, cuándo crítico, aquí creyente, allí escéptico y en definitiva más ingenioso que verdadero y más contradictorio que sistemático, por carecer de persistencia en su carácter.

Homo duplex. Dotado de una inteligencia penetrante, su talento parecía al exterior frívolo y ligero; con afectos tiernos y delicados, pero sin la gimnástica que exigen, era considerado por las gentes alma de mármol y corazón insensible; con predisposiciones al bien, que jamás le consintieron empañar su acrisolada honradez, era tenido por inquieto, ambicioso y avieso. Y en su irreflexiva presunción, Revilla sacrificaba á un chiste cosas respetables, y aun, ¡inocente!, se hacía hipócrita del vicio. Con razón decía á veces que era él mismo su más temible enemigo. Padecía una obsesión: la *causerie*, los diálogos en *petit comité*, las frases que cristalizan en sentencias ó en

sarcasmos. De él es la ya comentada: «España es una tribu con pretensiones.»

Pero *verba volant, scripta manent.* Revilla derrochó el capital de su gran saber y de su envidiable cultura. Adquiridos el uno y la otra precozmente, sirviéronle con experiencias anticipadas para convertirle joven en viejo, y al llegar á la madurez de la vida para que brotaran de su intelecto, no de su ruina fisiológica, voces sordas de una juventud retrasada, tanto más triste cuanto no había sido sentida ni vivida.

Cuando joven viejo, cuando viejo niño, siempre Revilla marchó, él que se preciaba de positivista, contra la ley de la adaptación, y pudo en su silenciosa y honda desesperación convencerse de que el proverbio francés: — «Si la juventud supiera y la vejez pudiera»...—encierra, como todo lo que va contra lo natural, ya sólo verdad aparente, ya nueva fuente de desgracias y contrariedades para el hombre. Revilla joven supo, y tal vez supo demasiado, pero no pudo utilizar su saber y vivió vejez prematura, esterilizando sus propias dotes y siendo, como él mismo decía, fiel imagen del *Heautontimorumenos,* del que se atormenta á sí mismo. Su empobrecido organismo le suministró soporte á una existencia sin vigor físico, de planta de estufa; su desequilibrio mental le impuso una vida inquieta y agostada en flor, más fértil que fecunda.

¡Cuánta verdad es que dentro del desorden existe un cierto principio de orden! ¡Cuán exacto es el paralelismo entre lo orgánico y lo mental!

La perturbación de uno de los factores impone la perturbación del segundo.

Revilla, con su vida no adaptada al medio y con su temprana muerte, fué hombre malogrado, y por tanto, superior á su obra. Y mientras en el mundo haya algo más que lo útil y se juzgue de todo con criterio superior al usual del éxito, Revilla será estimado y respetado, tanto por lo que hizo y valió, cuanto por lo mucho que pudo hacer y valer.

R. DE CAMPOAMOR

R. de Campoamor.

—

Germinal, Revista malograda de la gente moza, y *Vida Nueva,* Semanario radical, estimaban al octogenario Campoamor como uno de los suyos y le consideraban más revolucionario que muchos pseudo-liberales, á pesar de que el insigne

autor de las *Doloras* ha sido y sigue siendo, quizá por el buen parecer, reaccionario y conservador. No pretendían, como humoristicamente decía el ilustre vate, que le llevasen á la cárcel á concluir su envidiable vejez; declaraban que el gran poeta, *dont l'Espagne est si justement fière*, contra su conservaduría y frente «á sus aficiones á pasarlo bien y á sus hábitos de pereza», resulta un *agitador de ideas*.

Sin ser filósofo, ni didáctico (poeta docente), ni reflexivo, Campoamor se prenda de la intuición plástica, del lenguaje por imágenes y proclama como dogma de su estética el arte por la idea.

De su filosofía *(El Personalismo* y *Lo Absoluto*, dos doloras en prosa) formula el juicio zumbón de uno de sus administradores, que parece

pidió dichas obras, las que devolvió diciendo: «La remesa de las Metafísicas del amo equivale á mandar expresiones, que es como no mandar nada».

De su afán didáctico protesta el excepticismo *(el color del cristal con que se mira)* de todas sus poesías, que rabia de verse junto con el plácido y bonachón aspecto de creyente, que de su exterioridad de burgués apacible irradia el pastoso Campoamor.

De su criterio político, que acentuó, refutando la Fórmula del Progreso de Castelar y que confirmó con sus doctrinarismos aristocráticos, no se ha separado un ápice, sin llegar á la Meca, á la poltrona ministerial, porque nunca supo quitar motas, ni tomar aires de seriedad ridícula. No es de los que identifican la

seriedad aparatosa con el valer positivo de las gentes. Si le preguntaban: ¿Por dónde es usted diputado, Don Ramón?, contestaba, «por Romero Robledo». Al arguirle que Cánovas le miraba con cierto desvío, añadía: «No me perdona haber divulgado su avanzada edad.»

De su ambición, dice: «Yo tengo el honor de despreciar la gloria y el dinero.» Quizá es esta declaración de las que carecen de ingenuidad (y cuidado si el gran poeta es ingenuo). «No he necesitado dinero nunca», repite y aun es creíble que lo haya despreciado siempre. Pero ¡la gloria! ¿despreciarla? ¡qué cándida mentira, aun aplicada á lo que llama la fama infame! la que convierte á Voltaire de príncipe de los hombres de talento en Dios de los imbéciles.

Campoamor, que es una sensitiva, ha soportado la censura; pero ¿agradarle? Jamás. Por evitar una crítica acerba era capaz de llegar hasta la injusticia consigo mismo. Para negar que había plagiado una poesía de Victor Hugo, dijo que no sabía una palabra de francés, y no ha habido quien le arranque declaración en contra; porque, ¡debilidad de los grandes!, quiere ante todo aparecer como hombre que nada sabe y que nada estudia... él, el gran poeta-psicólogo.

A través de su ortodoxia (garantida por la elegancia devota, que mezcla en el *boudoir* el incienso á que huele el devocionario con la mostaza de las doloras) apenas si podría caminar, sin grave riesgo, el ingenio sutil de Duns Scott. Las raíces del sensualismo poético de Campoamor

ahondan en el misticismo literario, pero, como todos los místicos, convierte lo religioso en la novela de lo infinito y habla de la religión del amor *(Los Grandes Problemas)* como el más emancipado de lo dogmático. No contradice, sino que confirma, la verdad innegable de que en todo místico late el gérmen de un heterodoxo. Carece Campoamor de la fe del carbonero, aunque «prefiere ir á misa á reñir con su mujer»; no le seduce la fe razonadora de Balmes, ni el celo ardiente de Fernán Caballero, ni la creencia militante de tanto obispo de levita; cree en la religión de la belleza, odia la democracia por anti-estética, y del cristianismo acepta la hermosa melancolía de su pesimismo, que concibe, pero que no siente, pues como dice en *Los Buenos y los Sabios:*

«Vive con la manía
De maldecir de su propia estrella,
Y cual buen pesimista en teoría
Le va en la vida bien y habla mal de
[ella.»

Convierte Campoamor la ictericia moral del pesimismo, tinte gris de su grata existencia, en penumbras y contrastes para describir los flagrantes delitos de inconsecuencia de la gente *d'élite (Los Grandes Hombres, Antinomias del Genio)* con una originalidad rayana en lo paradógico. Es él mismo una *paradoja de carne*, complaciéndose en darse aires de conservador y en verse evocado por los revolucionarios como portaestandarte de toda protesta.

¿Se engañan sus admiradores? ¡No! Campoamor, agitando ideas aun las más opuestas, es un poeta de cuerpo entero, es el POETA, y, por tanto, «resumen del hombre en general»,

Cuanto en circunstancias dadas ha sentido la naturaleza humana, cuanto alguna vez ha hecho latir el corazón, otro tanto es la materia sobre la cual trabaja el poeta, apto para ser Anacreonte ó Angel Silesio, escribir trágica ó cómicamente y retratar un carácter elevado ó vulgar. Nadie puede impedirle ser moral, piadoso, cristiano, sin censurarle que no lo sea; verdadero espejo de la humanidad pone ante su vista cuantos sentimientos le agitan. Los grandes poetas hablan como ventrílocuos por la boca de las personas que representan ahora con el tono del héroe, después con la delicadeza del niño inocente, siempre con igual verdad y naturalidad; jamás son protagonista de sus obras, ni lloran fe perdida, ni maldicen dudas que no se disipan.

De tan buena cepa es Campoamor. ¿Por qué han de acusarle alguaciles de la conciencia, cuando ésta es incoercible, si ha conseguido que sus audacias volterianas y su perfidia sean paladeadas hasta por los más timoratos? Ha sabido unir la candidez de la paloma con la astucia de la serpiente, administrando aun á los más ortodoxos el veneno (según otros, el tónico) de la duda en píldoras doradas. ¿Es ó no revolucionario?

Jefe político de la provincia de Castellón el 54, Campoamor contestó al conde de San Luis, cuando le estimulaba á la reacción y á la arbitrariedad: «en esta provincia no hay temor de que el orden se altere, porque no tenemos ni un soldado». De Campoamor, que ha asistido y aún afortunadamente asistirá á la apoteosis de su gloria (y el inocente

embustero dice que la desprecia), no habla mal nadie, ni los muchos que le envidian. A su excelsitud como artista, añade la condición ingénita de la bondad. No tiene que esperar á no llenar hueco para que le llegue el período de las alabanzas. El coro general de ellas suena continua y armoniosamente. Hace ya tiempo, Ayala, sintiendo la influencia de Campoamor y viéndole tan descreído, no le quería tan bueno:

«¡Hombre, no inspires amor!
Te lo ruego por Dios vivo,
¡Hazte malo por favor;
Pues no serás tan nocivo
En siendo un poco peor!»

A nadie extrañará que, cuando el Gran Anciano llega á la puerta de la librería de Fé, sin poder bajar de su coche, en busca de alguno de los muchos y muy sinceros admiradores, que se complacen en saludarle,

se sombree su risueña fisonomía con el temor del Gran Misterio (la muerte).

Si alguno quiere animarle con paliativos *ad usum Delphini*, podrá contestar el inmortal Campoamor como Aristipo. Asustado éste de una tempestad, excitaba la risa de los ignorantes, que carecían ó aparentaban carecer de miedo, y Aristipo les decía: «Hay mucha diferencia entre lo que tenemos que perder.»

EMILIO BOBADILLA

Emilio Bobadilla.

—

Bobadilla, Hamlet de carne y hueso, violento en sus afectos como el Príncipe de las Tristezas, certero en sus juicios, correcto en el estilo culto y concienzudo, parece á primera vista estrella errante fuera de

a nebulosa que prepara armonía y concierto para lo porvenir. Bien estudiado Bobadilla, es una lógica en acción; ama la verdad con amor intenso y siente el arte con un mirar hondo y una vista perspicaz.

Pensador de altos vuelos (darwinista convencido, que explica la síntesis humana mediante el suelo, el ambiente y la organización fisiológica), artista de veras, con la divina pereza de las gentes del Mediodía y la viril energía de una educación modernista y libre, nostálgico, con un pesimismo saludable, que desconfía de las flaquezas humanas y se enamora de las leyes inflexibles que impone á los fenómenos la lógica inmanente en el mundo, es ante todo un crítico. La variedad de medios en que ha vivido (New-York, Londres, París, Madrid), y la cultura

vastísima de que se nutrió con sus escogidas lecturas, han contribuído á que su existencia, abundante en vicisitudes tormentosas, tome cuerpo en un carácter complejísimo, á veces hasta contradictorio, como él mismo dice que debe ser el crítico.

Sin ayuda de nadie, merced á su laboriosidad, ha construído poco á poco *(Baturrillos*, *Escaramuzas*, *Triquitraques, Capirotazos, Solfeo, Sátiras y críticas)* el edificio de su bien sentada reputación literaria. Critica cosas y personas con una severidad rayana en lo cruel; no se casa con nadie más que con la verdad tal como la entiende, y sus censuras severas (á veces injustas en el ardor de la polémica) le han proporcionado serios disgustos y no pocas enemistades.

Fray Candil prefiere la plastici-

dad del desnudo á la hipocresía de los velos semi-púdicos, odia los eufemismos y presta fervoroso culto á la moralidad científica. Caiga el que caiga (aun la propia personalidad) con tal de que triunfe la verdad. Encarándose con una de las reputaciones ya consagradas, llega al mismo Olimpo y azota con el látigo de la más cruda sátira á los de arriba: «Urge volar, dice, con la dinamita de la verdad tanta montaña de mentira como nos oculta el horizonte. No importa que estén en la cumbre. Puede que al caer alguno me aplaste. ¿Qué más da? Las grandes fábricas suelen levantarse sobre un montón de cadáveres de obreros.»

Fray Candil no se explica la *bonhomie* en la crítica, antes bien se representa su misión como la de juez

inflexible. Sus cualidades de artista no amenguan sus condiciones de pensador, y entiende con Proudhon que «la justicia es el aspecto útil de la belleza.»

LEOPOLDO ALAS

Pelozue

~~Sociología~~

En la Gaceta del 2 de Octubre del presente año (página 33 del tomo 11) se lee, en la segunda columna:

«Sientese en esta Facultad la falta de la Sociología...»

¡La Sociología! Mas cuánto de la Imperante Necesidad [illegible] [illegible] con una [illegible] Sociología [illegible] el [illegible], [illegible] [illegible] [illegible] la Sociología.

La Sociología [illegible] [illegible] [illegible] que la Sociología, [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]

¿Y en la Sociología? [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]

Leopoldo Alas.

—

Clarín, con su hondo mirar y ver, con la balumba inmensa de su enciclopédico saber, tiende á un *Neo-Cristianismo*, que, si empequeñece su antigua y bien probada representación de escritor satírico, con ribetes de volteriano, agranda el horizonte de su pensamiento, cada vez más típico y personal. Tiene anun-

ciado *Mi Renán*. ¿Quién sabe si el *dilettantismo* del gran escritor francés será señuelo que ofrezca transitorio punto de descanso al que admite, como Clarín, espera casi indefinida en la investigación de la verdad eterna? No la abandona definitivamente su anheloso deseo, sino que toda idea nueva hace brotar en su mente especie de ansia de lo divino. Y efecto de su copiosa y escogida lectura, resulta Clarín uno de los escritores que más han agitado el mundo de las ideas.

Clarín es un crítico que, salvo sus apasionamientos por las personas y un cierto prurito de rodear de nubes densas de incienso á los dioses mayores (apenas si se ha atrevido con Núñez de Arce), posee méritos incuestionables, que viene poniendo de relieve en todas sus obras. La

nota humorística es en él venero inagotable y que abundosamente sale de su pluma, creciendo en intencionalidad y belleza. De sus primeras críticas á sus *Paliques* de ahora, media un progreso evidente que por fortuna no ha llegado á su término. En empeños críticos de cierta seriedad no falta la nota humorística tampoco, pero en ellos aparece como incrustación avalorada por el alto vuelo de sus ideas sugestivas, y de lo grande á lo pequeño y de lo cómico á lo trágico, la substancia intelectual de su profundo talento se convierte en sinovia de un aparente y bello desorden en el razonamiento. Apunta la paradoja, no la descoyunta, ni violenta. Excede los límites de la crítica y entra en la esfera del pensador humorista. De ella sale y á ella vuelve, y sin dejar que se

plegue la fisonomía, y que termine la sonrisa, obliga á fruncir el entrecejo y á concentrar la atención con sus hermosas audacias de *Psicología estética*. Pero hábil, como hombre del Norte, no bien ha excitado el gusto del paladar intelectual y estético, arrastra al lector (quizá con pensamiento preconcebido) hacia ideas más superficiales. Quiere seducir y no hacerse pesado; quizá prefiere, á dar la pimienta en grano, pulverizarla en su prosa. A veces el procedimiento resulta monótono y sin llegar al fastidio (*Clarín* sólo fastidia á aquel que fustiga), se repite mucho, falta propia, de todo aquel que cultiva la oratoria didáctica; que siempre descubre la oreja el maestro, verdad es que nunca llega, para honra suya, á dómine.

PALACIO VALDÉS

A. Palacio Valdés.

—

Palacio Valdés, el pesimista tranquilo, sin templar su amargura con la envidiable reputación literaria, que con justos títulos ha conseguido, delicado y sutil, semeja un desterrado de la ciudad ideal, que lleva dentro y no encuentra en ninguna parte.

Hastiado de la política, á la cual se sintió temporalmente atraido por los prestigiosos arranques artísticos de un gran orador, Palacio Valdés, que hizo sus primeras armas en la crítica humorística con *Oradores del Ateneo* y *Viaje al Parnaso*, se retiró de la polémica diaria, se consagró casi exclusivamente á su oficio de novelista, y en él continúa labor no interrumpida, concibiendo sus fábulas con la precisión característica de la gente del Norte y escribiéndolas con la trasparencia rodeada de penumbras que tanto poder sugestivo presta á sus creaciones.

Dotado de una cultura nada vulgar, pensador sugestivo, podrá ser Palacio Valdés, como dicen los que cuidan de la filigrana del estilo, algo descuidado al escribir; pero con seguridad es artista de veras y observador certero de la realidad de las cosas.

Solo en medio de la muchedumbre, con ecuanimidad al exterior, benévolo ó indiferente con los demás, se halla dotado de un equilibrio tan hermoso, que atrae y seduce. Clásico el bloque primitivo de su idiosincrasia artística, siente la losa de plomo (*fatum* renovado) que sobre la inspiración hace pesar el determinismo empírico, tan en boga entre los naturalistas. Pero en vez de emplear la flor de sus energías en medir la gradación cuantitativa (cual el ritmo del pulso) de los titileos de la pasión ó de los espejismos que la suplantan, penetra en el hervor de vida de los afectos, los estudia en su desarrollo y, sin desconocer la fuerza ciega del instinto y la no menos imperiosa del medio, obliga

al individuo á rehacer sobre sí mismo, más que al conjuro de un *fiat milagroso*, merced á motivos internos... energías sanas (reveladas al arrojar la sonda al océano interior) que echan plancha y torno á los movimientos desenfrenados de la pasión.

Huyendo de los que transforman demasiado pronto el oxígeno en ácido carbónico y partidario del *solipsismo* inglés, cree Palacio Valdés acertadamente, que el individuo no puede luchar de frente con el medio sin riesgo de anularse; pero recuerda, y lo revela con el hermoso simbolismo del arte, que no son grano de anís las energías interiores. Vigorizado por ellas, el hombre no se nutre del medio, como el camaleón, rehace sobre matices que repugnan á su coloración, lucha con-

tra ellos, y si no los domina, se vence á sí mismo: combate heroico, en el cual sin triunfar, sin conseguir la gloria, se goza con la convicción de merecerla.

Semejante concepción artística autoriza para clasificar á Palacio Valdés entre los *intelectuales sin satanismo*.

MENÉNDEZ PELAYO

Menéndez Pelayo.

—

Menéndez Pelayo ha comenzado por el fin. Académico (de todas las Academias), sabio, maestro, todo lo ha sido y todo lo es, y lo es, ¿á qué negarlo?, con perfecto y legítimo título; porque á esta cúpula de sus triunfos le ha puesto un pedestal macizo, de cal y canto, el de su bien nutrido es-

piritu crítico, en el cual ha hecho progresos visibles. Desde sus primeras y apasionadas (rayanas en lo injusto) polémicas con el malogrado Revilla, y desde su célebre *Historia de los Heterodoxos* hasta su *Discurso sobre la Historia* y su más valiosa obra *Historia de las ideas estéticas*, media un progreso evidente: de polo á polo van unas y otras producciones y en tan largo espacio rellenas están de un espíritu de investigación, pormenor y detalle, propios de un *studiosus* avaro.

Sabe Menéndez Pelayo *mirar y ver*. Quizá en el ver le falta alguna condición esencial del crítico, que es la de intentar (por lo menos) síntesis relativas de su misma cultura, corriendo á veces el grave riesgo de mirar y mirar y contar arbustos y árboles y no ver la selva. Pe-

ro ni aun esa falta puede señalarse como irremediable, pues si el talento de Menéndez Pelayo ha entrado de lleno en el período de su madurez, nadie se atreverá á asegurar que se halla al término de su desarrollo.

En lo que no tiene igual (al menos en nuestro país) Menéndez Pelayo es en saber mirar y ver el mundo clásico, cuya vida reproduce con una plasticidad que excede á todo elogio. Hombre de creencias macizas (quién sabe si con quiebras y grietas), cuando evoca el clasicismo parece un pagano. Llevara ese mismo espíritu comprensivo y aplicara esa misma amplísima perspicacia á otros estados de cultura y no hubiera intentado precipitadamente la traducción de Shakespeare. De ella ha desistido, y de su intento ha cosechado muchas y muy profundas ense-

ñanzas, en parte indicadas en sus conferencias sobre Calderón de la Barca. Percibe con suma facilidad el medio exterior, aprecia la ley de continuidad biológica que preside lo mental y que rige lo fisiológico; toma, en una palabra, el protoplasma y todas sus manifestaciones evolutivas con precisión; pero ¿por qué no ahonda aún más y se deja de contar árboles? ¿Por qué ha de ir de rama en rama y no ha de llegar al tronco y á la raíz? Tal vez para evitar acometer semejante empresa, que desde luego no es superior á sus fuerzas, huye premeditadamente de la crítica contemporánea.

El transcendentalismo de sus creencias va ya, por fortuna, reincidiendo en latitudinarismos que son nuncio venturoso de que en día no lejano

personifique Menéndez Pelayo, con su privilegiado talento, la tolerancia que imponen de consuno la razón y las costumbres.

JACINTO OCTAVIO PICÓN

Ni el Cristianismo ni la
Revolucion han logra-
do impedir que la ma-
yoría de la humanidad
sufra hambre y pa-
dezca dolor, mientras
una minoría culpa-
ble se aprovecha del
trabajo ageno.
Ni el espíritu reli-
gioso, predicando la ca-
ridad, ni la democracia
triunfando en el orden
político, han conseguido
suprimir el malestar
social.
Para remediarlo no
basta la limosna por-

Jacinto Octavio Picón.

—

Picón, el melancólico de idiosincrasia, fecundo en la concepción y perezoso para producir, con cultura general y técnica (en la crítica pictórica es una autoridad), habita en un mundo que puebla con las hermosas creaciones de su espíritu. Sin decirlo

y aun sin pensarlo, vive la audaz afirmación idealista de Schopenhauer: «el mundo es mi representacion».

La apacible y clásica serenidad de su estilo y el desvío de su pensamiento de todo radicalismo extremo (que odia sólo en sus manifestaciones antiestéticas) semejan la aparente tranquilidad olímpica (con sus dejos de indiferencia) de Gœthe. En ambos late una intensa y viva lucha, la que mantiene toda alma noble que desinteresadamente se interesa por la verdad y la belleza.

Para Picón son los «Precursores» los que conciben que la «literatura »contemporánea estriba principal»mente en la pintura de las costum»bres y de su antagonismo más ó »menos enérgico con los ideales eter»nos de justicia.» Así es literato el propio Picón en todas sus estimables

novelas, y muy señaladamente en *Cuentos de mi tiempo*, maravilla de gusto y estilo y á la vez de vigor y vuelo en el pensamiento. El primero de ellos *La Amenaza*, es todo un poema...

Pero el autor de *Dulce y Sabrosa* si figura con justos títulos entre los precursores, es también de los que llegan por méritos propios. Le ha diputado ya la opinión unánime para formar entre Académicos é Inmortales. Se le anticipó imposición de la política menuda; pero no necesita dar aldabonazos á las puertas de la Academia. De par en par se las abre, según Cavia, la obra magistral que ha escrito últimamente sobre la vida y obras de Velázquez. Ganarán con ello la literatura y el arte y no perderá la justicia, de la cual tan necesitadas se deben sen-

tir las ya célebres elecciones de nuestro senado literario. Porque Picón, con presentimientos que son penumbras del mundo inteligible, piensa y escribe como un maestro, pero sobre todo discurre y habla (en substanciosa é instructiva *causerie;* no actúa de orador) como lo que es, como un *vir bonus natus* que atrae cual si, según dicen los andaluces, tuviera ángel.

MARIANO DE CAVIA

¿Con que Don Urbano
González Serrano
quiere examinarme?
¡Maestro, piedad!
Pero no me asusto,
porque Don Urbano
me tratará al menos...
con urbanidad.

M. de Cavia

Mariano de Cavia.

—

Cavia, el gran humorista, nutrido de cultura clásica envidiable y á la vez modernista y del día, sin padecer *daltonismos* para percibir *les nuances* de lo cómico, escribe á dia-

rio, y escribe muy bien, y suele pensar mejor.

Divorciado por sistema de la seriedad, aun para tratar de asuntos que no admiten lo cómico (pues se ocupa en los del día, que hace tiempo manan sangre), usa la *broma seria*, verdadera dolora en prosa, risa ebria de llanto. Sus bromas terminan en veras y sus tonos apocalípticos concluyen en punta.

No halla obstáculo en repetir que si aspirara á ingresar en la Academia, sería para meter en ella los toros. En los desplantes volterianos (y fué, como Voltaire, discípulo de los jesuitas) con que matiza sus trabajos, se encuentra con frecuencia el acento y la idea del asceta. *Del otro mundo. Por el cable*, notas del día, páginas á vuela-pluma, son toques y matices que recuerdan todo el vigor del más

severo ascetismo. Lo predica y aun lo practica, á pesar de sus empecatadas inclinaciones á la *bohemia*, revelando en sus críticas un perdurable sentimiento de justicia, que á veces le obliga á escribir y aun estimula á leer, riendo hacia afuera y llorando para adentro, equilibrio inestable, que es la característica más acentuada de lo que se siente y se vive.

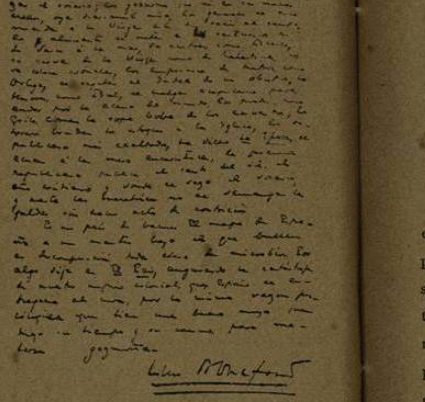
La cualidad que más avalora sus escritos, aun los compuestos repentinamente, es la fácil, pronta y rica asociación de las ideas, prueba palpable de lo macizo de su cultura y de la flexible plasticidad de su espíritu. Las antítesis, la oposición, la paradoja, son otros tantos choques del pedernal contra el acero, de los cuales hace saltar Cavia la chispa y la gracia, sin que obscurezcan el *leit-motiv* de la nota del día.

Burla burlando, Cavia deja adivinar, en su culto á *la grandeza de lo pequeño*, que si no acomete más grandes empresas es sencillamente porque no se le antoja.

La fuerza sugestiva de su envidiable talento y la habilidosa manera conque sabe estimular la sensibilidad más amortiguada, aun la casi nula de la opinión indiferente, se retratan en el artículo que todos recordarán del incendio (posible) del Museo del Prado, artículo que precipitó á medio Madrid (identificando la realidad con la visión) á presenciar y lamentar catástrofe que se percibía al conjuro de su pluma.

En ocasiones, cuando Cavia no descoyunta su humorismo, cuando no fuerza el chiste y escribe con gracia y sin chabacanería, personifica el buen sentido vestido de gala.

LUIS BONAFOUX



Luis Bonafoux.

—

Bonafoux, escritor nervioso, por excelencia impresionista, con mariposeo intelectual y facilidad pasmosa para libar ideas, simpatías y antipatías á ellas y á quienes las personifican, mueve la pluma con la trepidación que debe haber inscrustado en su organismo su vida de viajero. Era frecuente leer un artículo suyo escrito en París y hablarle á los tres días en la Puerta del Sol, despidiéndose para América.

Polemista intencionado, que menosprecia tanto producto de Liliput como en el mundo brujulea, ha luchado contra todos, aun contra los que sobresalen, con pasiones africanas. Y ellas le han inspirado el acto hermoso y á la vez bueno de pagar con entusiasmo su cubierto en banquete dado para honrar á *Clarín* en la Redacción de *El País*, á *Clarín*, con el cual había reñido batallas, negándole el agua y el fuego. Debe pensar (al menos lo practica) que en el mundo no se cumple nada grandioso sin cierta dosis de pasión.

Bonafoux, intelecto que parece un manojo de nervios; todo lo invade y de todo escribe, dislocando á veces el chiste hasta rebasar lo más subido del color verde con una crudeza que se indigesta aun á los estómagos más fuertes.

Que escribe con descuidos lamentables, que á veces aborda cuestiones gravísimas y se escapa de ellas por la tangente, que sus desplantes no son razones, que su tono *boulevardier* resulta, por lo exagerado, exótico, son acusaciones que se le dirigen, en parte justificadas; pero él las explica diciendo que está convertido en una máquina *Singer* de hilvanar y coser artículos y crónicas al día para once periódicos. Pudiera añadir: *Necessitas caret lege*, á riesgo de que el futuro bachiller, atiborrado de siete años de latín, tradujera: «La necesidad tiene cara de hereje.